HEROINAS ESTIRADAS

(Por Adriana Schettini) Son una rara mezcla entre los personajes de Susan Sarandon y Geena Davis en *Thelma & Louise* y los de Meryl Streep y Goldie Hawn en *La muerte le sienta bien*. De las primeras, heredaron la decisión inamovible de hacerle frente a cuanto obstáculo se les ponga enfrente. Con las otras dos, comparten el convencimiento de que el único hombre que tarde o temprano resulta imprescindible en la vida de cualquier mujer es el cirujano plástico.

Luchadoras empedernidas, saben que la suya es una guerra que se libra todos los días y que no admite remilgos, olvidos, descuidos, ni debilidad humana alguna. Prusianas hasta decir basta, no dejarán salir de su boca la palabra "autocompasión" y olvidaron hace tiempo cómo se conjuga el verbo desistir. Simplemente se trata de someterse a cuanto sacrificio sea necesario sin preguntar si duele ni cuánto cuesta.

Militantes disciplinadas, se repiten por lo menos treinta y cuatro veces por día la pregunta crucial:

—¿Quién es el enemigo principal?

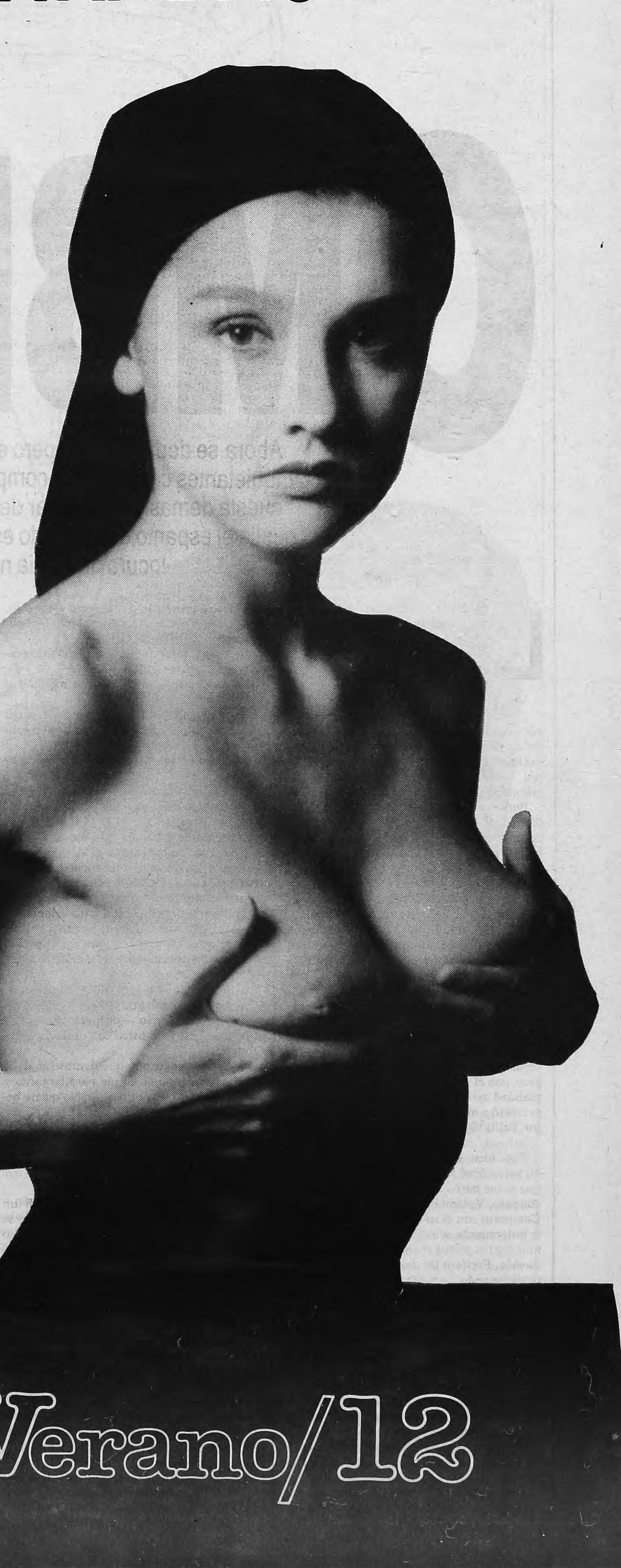
—La vejez —responden con un grito que sale de sus entrañas y las lanza al ruedo, envalentonadas.

Zorras viejas en el campo de batalla, conocen al dedillo todas y cada una de las señales que anuncian la proximidad del enemigo: celulitis, arrugas, estrías, lolas venidas a menos, glúteos de aspecto ministerial, várices incipientes, cutis de papel de lija, kilos agazapados en las caderas y canas inmunes a la institución nacional de la coima. Todo es cuestión de táctica y estrategia, se dicen, y trazan sus cronogramas a corto, mediàno y largo plazo con una precisión a la que no se anima ni el empecinamiento de Domingo Cavallo.

Excelentes dosificadoras de la energía y el dinero, agotan todas las instancias antes de recurrir al bisturí. En las primeras escaramuzas sudan la gota gorda en el gimnasio; se ensañan contra el peso de los aparatos hasta que los músculos tiemblan de agotamiento; echan mano de la dieta disociada, la macrobiótica, la vegetariana, la de la luna, la de Scardale, la de la manzana, la de Cormillot y la de correr la coneja hasta que sus esófagos aúllan de temor reverencial ante semejante capacidad de autoexigencia. Sus adiposidades descienden al infierno del sauna con la misma naturalidad con que se entregan, mansas como corderos, a las sesiones reductoras donde un gel congelado les declara la guerra fría. Cada centímetro de epidermis se vuelve arcilla en manos de la experta que les proporciona masajes anticelulíticos, afirmantes, relajantes, circulatorios, descontracturantes y energizantes. Poco importan los metros cuadrados en los que transcurren las historias de sus vidas privadas: en todos los casos viven yendo de la bicicleta fija al baño porque ése es el bunker donde guardan su más preciado arsenal: cremas nutritivas, desfatigantes, de limpieza, diurnas y nocturnas. Para párpados, para el cuello, para el busto, para el cuerpo y para el pelo. Lo que mata, se sabe, es la falta de humedad y eso se resuelve con más de dos litros de agua por día, la aplicación de lociones humectantes con dedicación diaria y untándose el rostro con una mascarilla ídem, no menos de una vez por semana.

Dueñas de una objetividad a toda prueba, están dispuestas a buscar técnicas superadoras cuando el espejo les advierte que es tiempo de medidas drásticas. Y llegado ese punto no le hacen asco a nada: lipoaspiración, lipoescultura ultrasónica, ultrasonoterapia, microelectropuntura, lifting, pigmentación reparadora, picadura de avispa y diversas cirugías a la carta.

Acosadas por el enemigo que no deja de pisarles los talones, ellas emprenden la gran huida hacia adelante en su desesperada pelea contra el paso del tiempo. Como en *Thelma & Louise* y en *La muerte le sienta bien*, no les espera un final feliz. Pero son verdaderas heroinas en su lucha contra los molinos de viento. Porque ¿hay acaso mayor valentía que la de poner el cuerpo con tanta devoción cuando se sabe de antemano que la batalla está irremediablemente perdida?



Por Gonzalo Suárez

OMBRAGES

Ahora se dedica al cine pero el español Gonzalo Suárez antes escribía cuentos tan inquietantes como éste —comprendidos en "Gorila en Hollywood", un libro al que no cuesta demasiado calificar de perfecto—, donde un absurdo estilo Ionesco apenas oculta el espanto de que todo esto nos puede ocurrir en cualquier momento, de que la locura ordinaria nos acecha, divertida, a vuelta de página.

Los dados son el termómetro de la fe. Lancé sin pensármelo dos veces y salió un rutilante póquer de reyes. Gracias a esa estúpida coincidencia, pude veranear en Ombrages.

Voy a relatarles lo que allí me sucedió.

¿Conocen ese lugar de la costa en que la roca del acantilado sugiere el perfil doliente de un Cristo? Arriba hay una casa. Su aspecto no es tenebroso, aunque el entorno lo sea. Sobre todo en los días nublados, es decir: siempre.

Pues bien, en esa casa vive un anciano medio paralítico. Uno de esos tipos que ya han cortado el cordón umbilical que les unía al mundo y perduran boqueantes, como los peces fuera del agua.

Tiene un criado. Pero, contra toda previsión, no es Quasimodo. Es un niño. Parece un niño. Tiene diecisiete años, pero aparenta diez. Se llama Luis. O quizá no se llama Luis. Eso deduje, al cabo de un tiempo, al captar la poca convicción con que acudía al ser llamado por "su" nombre.

Pero, sobre todo, hay un perro. Un pastor alemán y ése sí se llama *Adolfo*. La deducción provino de una reflexión inversa.

Fue gracias a *Adolfo* como conocí a aquel viejo especimen, cuyo nombre no quiero recordar. Le designaremos, como tributo al tópico, con el sobreapodo de "el doctor". En realidad así se autodenominó él cuando se presentó a mí por primera vez: "Soy el doctor Tal", dijo.

Pues bien, el pastor alemán se peleó con mi perro (casi lo mata). Yo tengo un perro que se me parece. Un terrier pelo liso, pero con pelo. Y, también como yo, sin *pedigree*. Comparto con él su aversión, genéticamente programada, a los pastores alemanes. Denotan estos perros el alma de policías de sus dueños. Prefiero los doberman, con eso está dicho todo.

Cuando vi que *Adolfo* había conseguido afianzar sus colmillos en busca de la yugular de mi terrier, me abalancé, en un desesperado cuerpo a cuerpo, a luchar con él. Recordé a Johnny Weissmuller, y eché de menos el consabido cuchillo. Mi única arma ha sido siempre un encendedor de gas.

Encontrándome en dificultades, mordí a mi contrincante en una oreja y se la arranqué de cuajo. Entonces él soltó la presa, y mi perro y yo le perseguimos ladera abajo (la casa que yo había alquilado estaba en una loma).

Días después, el criado del "doctor" me hizo saber que su señor quería verme. Acudí.

—Usted ha mordido a mi perro —me dijo.

—Su perro había mordido al mío —repliqué.

—*Adolfo* nunca muerde si no ha sido previamente provocado —observó.

—Yo tampoco muerdo si no me incitan —le advertí.

—Nunca lo hubiera supuesto de usted —me dijo con evidente intención de avergonzarme.

—Usted no me conoce —objeté con contundencia.

—Se equivoca, amigo, le conozco... —dijo secamente, y me preguntó si quería beber algo.

Me extrañó bastante que me conociera, porque a mí no me conoce ni mi padre. Precisamente se da la circunstancia de que soy eso que llaman "de padre desconocido". Entonces él me reveló que... ¡era mi padre!

Nunca hubiera esperado nada semejante. Lo confieso. Sin embargo, también confieso que no sentí ninguna emoción especial. Un poco convencionalmente manifesté mi escepticismo.

—Imposible —diagnostiqué escueto.

—Lo soy —insistió.

—Demuéstremelo —propuse.

—Demuéstreme usted lo contrario —rezongó.

—Yo no tengo por qué demostrar nada —dije, poniéndome en pie para largarme.

—Espere —me contuvo—. ¿No quiere beber algo?

—No bebo.

—¿Lo ve? —exclamó exultante—. Esa es la prueba inequívoca. Yo tampoco bebo. Es la debilidad humana que más odio. Sabía que usted *sería* mi hijo... ¡Lo sabía!

El razonamiento me dio risa. Pedí un whisky. Accedió malhumorado. El niño se apresuró a servirme un Black and White. Lo bebí jactanciosamente de un trago.

—Eso demuestra —dijo sombrío— que es usted mi hijo. El alcoholismo ha sido mi tara. Heredada, desde luego. Yo odio el alcohol, pero... mi padre, el padre de mi padre... en fin, en nuestra familia...

—Oiga —le dije—, es tan estúpido creer que soy su hijo *porque bebo* como que soy su hijo *porque no bebo*. No soy su hijo. Es evidente. Y usted no está bien de la cabeza. También es evidente. Así que me voy.

—Espere —me suplicó—. ¿Qué le hace suponer que usted no es mi hijo? Tanto si bebe, como si no bebe, usted podría ser mi hijo, ¿no es así?

—No tengo tiempo que perder —le atajé.

—Creí que estaba de vacaciones —puntualizó.

—Estoy de vacaciones. Precisamente *por eso*, no tengo tiempo que perder —precisé.

—Mi perro ha quedado afectado moralmente —musitó.

—Que se joda —le dije.

—No lo olvidará con facilidad —susurró.

—Ese es su problema, yo me voy...

—Dudo que pueda hacerlo. La puerta está cerrada. Las ventanas, ya lo ve, enrejadas y, además, Luis le está apuntando con la escopeta. Así que, tómelo con paciencia, y siéntese.

—¿Quiere decir que soy su prisionero? —pregunté con estupor.

—Quiero decir que es usted *mi hijo* —respondió con tozudez.

Comprendí entonces que estaba a la merced de un loco peligroso y opté por seguirle la corriente.

—Bien, soy su hijo y, si lo fuera, ¿cree que podría estar orgulloso de un padre como usted? Un padre que abandonó a mi madre cuando estaba embarazada, que la dejó morir en un miserable asilo entre monjas y moscas y que se desentendió de mi "educación" en el hospicio. Le aseguro que si, algún día, me encontrara a mi padre cara a cara... sólo me produciría... asco... desprecio... indiferencia.

—Siga, siga —dijo él con excitación manifiesta.

—No tengo nada que añadir —concluí—. Usted no es mi padre. Pero ha conseguido provocarme sentimientos arrinconados desde hace tiempo. Porque, por un momento, he experimentado la misma nauseabunda sensación que hubiera suscitado la real aparición de mi padre...

—Magnífico.

—Ahora sólo me resta rogarle que abra esa puerta y me deje salir. De lo contrario, esta absurda situación acabará creándole serios problemas, doctor.

—¿Legales? —indagó socarrón—. ¿Quién sabe que usted ha venido a verme? ¿Quién y cuándo advertirá su desaparición? ¿Y quién podría relacionarme con su cuerpo despeñado, accidentalmente, por alguno de los acantilados? ¡Oh, querido! ¡Es usted vehemente! Y eso demuestra a todas luces que *es hijo mío*.

—Bueno, papá, pues déjame marchar —sugerí tímidamente.

—¡No! ¡No haré eso!

—¿Pretende usted ser mi padre y quiere matarme? No lo entiendo.

—¡Claro que lo entiende! —arguyó—. Usted acaba de confesarme que «su» padre, o sea yo, ha sido capaz de las mayores vilezas. Dejó morir a su madre, ¿no es eso? Y a usted, o sea a su hijo, le abandonó a los avatares propios de un hospicio. Dicho de otra manera, su intención era la misma: que muriera. ¿Y ahora le extraña que el destino, con mi modesta participación, redondee el asunto? ¡No sea ingenuo! Hijo mío, sométase.

Extraño padre. Extraños argumentos. Y Luis, en el supuesto de que se llamara Luis, apuntándome ceñudamente con una escopeta.

—Otro whisky —reclamé.

En realidad tenía la esperanza de que Luis tuviera que dejar el arma a un lado para poderme servir. Pero no fue así. Mi propio padre llenó el vaso.

—Ya que es usted *mi hijo* —recalcó triunfal—, voy a hacerle una revelación que le asombrará.

Yo le contemplé con la característica expresión escéptica de un buey ante la estantería de una biblioteca. ¿Asombrarme? ¿Qué clase de revelación podía ya causarme un ápice de asombro? ¿Iba acaso a confesarme que él era, en realidad, la reencarnación de María Antonieta? No, no se trataba de eso.

—Ese chico no se llama Luis —dijo sibilino.

Adopté la consabida y altanera actitud de un dromedario cuando se encuentra con otro dromedario en un baile de dromedarios.

—Lo suponía —mascullé.

—¡Ajajajá! ¿Conque lo suponía? ¿Qué es lo que suponía? ¡Usted no suponía nada! ¡No podía suponerlo! —me espetó—. Ese joven, ese chico que le está apuntando con la escopeta, no se llama Luis, no es un joven, no es un chico... Es... es... ¡una mujer! ¡Una maravillosa mujer! Y yo quiero que mantenga relaciones sexuales con él, es decir, con ella. Tengo ese capricho, ya me ha oído. Usted es mi hijo y va a cepillarse aquí mismo, delante de mí, a esta jovencita, ¿qué le parece?

—Yo no soy su hijo, ese chico no es una jovencita y yo no quiero "cepillarme" a nadie —afirmé con decisión.

—Me encanta su obstinación —dijo por todo comentario, y reclamó con un ademán la escopeta.

Luis se la tendió y él me encañonó con sádica complacencia.

—Vamos, Luis, ¡los pantalones! —ordenó.

Y Luis se bajó los pantalones. Debajo tenía unas delicadas braguitas caladas que, cosa curiosa, no dejaban entrever ningún atributo masculino.

—¿Se convence? —preguntó "el doctor"—. Usted no me cree cuando le aseguro que soy su padre. Tampoco me cree cuando

Por Gonzalo Suárez

OMBRAGES

Ahora se dedica al cine pero el español Gonzalo Suárez antes escribía cuentos tan inquietantes como éste —comprendidos en ''Gorila en Hollywood'', un libro al que no cuesta demasiado calificar de perfecto—, donde un absurdo estilo Ionesco apenas oculta el espanto de que todo esto nos puede ocurrir en cualquier momento, de que la locura ordinaria nos acecha, divertida, a vuelta de página.

Los dados son el termómetro de la fe. Lancé sin pensármelo dos veces y salió un rutilante póquer de reyes. Gracias a esa estúpida coincidencia, pude veranear en Ombrages.

Voy a relatarles lo que allí me sucedió.

¿Conocen ese lugar de la costa en que la roca del acantilado sugiere el perfil doliente de un Cristo? Arriba hay una casa. Su aspecto no es tenebroso, aunque el entorno lo sea. Sobre todo en los días nublados, es decir: siempre.

Pues bien, en esa casa vive un anciano medio paralítico. Uno de esos tipos que ya han cortado el cordón umbilical que les unía al mundo y perduran boqueantes, como los peces fuera del agua.

Tiene un criado. Pero, contra toda previsión, no es Quasimodo. Es un niño. Parece un niño. Tiene diecisiete años, pero aparenta diez. Se llama Luis. O quizá no se llama Luis. Eso deduje, al cabo de un tiempo, al captar la poca convicción con que acudía al ser llamado por ''su'' nombre.

Pero, sobre todo, hay un perro. Un pastor alemán y ése sí se llama *Adolfo*. La deducción provino de una reflexión inversa.

Fue gracias a *Adolfo* como conocí a aquel viejo especimen, cuyo nombre no quiero recordar. Le designaremos, como tributo al tópico, con el sobreapodo de ''el doctor''. En realidad así se autodenominó él cuando se presentó a mí por primera vez: ''Soy el doctor Tal'', dijo.

Pues bien, el pastor alemán se peleó con mi perro (casi lo mata). Yo tengo un perro que se me parece. Un terrier pelo liso, pero con pelo. Y, también como yo, sin *pedigree*. Comparto con él su aversión, genéticamente programada, a los pastores alemanes. Denotan estos perros el alma de policías de sus dueños. Prefiero los doberman, con eso está dicho todo.

Cuando vi que *Adolfo* había conseguido afianzar sus colmillos en busca de la yugular de mi terrier, me abalancé, en un desesperado cuerpo a cuerpo, a luchar con él. Recordé a Johnny Weissmuller, y eché de menos el consabido cuchillo. Mi única arma ha sido siempre un encendedor de gas.

Encontrándome en dificultades, mordí a mi contrincante en una oreja y se la arranqué de cuajo. Entonces él soltó la presa, y mi perro y yo le perseguimos ladera abajo (la casa que yo había alquilado estaba en una loma).

Días después, el criado del ''doctor'' me hizo saber que su señor quería verme. Acudí.

—Usted ha mordido a mi perro —me dijo.

—Su perro había mordido al mío —repliqué.

—*Adolfo* nunca muerde si no ha sido previamente provocado —observó.

—Yo tampoco muerdo si no me incitan —le advertí.

—Nunca lo hubiera supuesto de usted —me dijo con evidente intención de avergonzarme.

—Usted no me conoce —objeté con contundencia.

—Se equivoca, amigo, le conozco... —dijo secamente, y me preguntó si quería beber algo.

Me extrañó bastante que me conociera, porque a mí no me conoce ni mi padre. Precisamente se da la circunstancia de que soy eso que llaman ''de padre desconocido''. Entonces él me reveló que... ¡era mi padre!

Nunca hubiera esperado nada semejante. Lo confieso. Sin embargo, también confieso que no sentí ninguna emoción especial. Un poco convencionalmente manifesté mi escepticismo.

—Imposible —diagnostiqué escueto.

—Lo soy —insistió.

—Demuéstremelo —propuse.

—Demuéstreme usted lo contrario —rezongó.

—Yo no tengo por qué demostrar nada —dije, poniéndome en pie para largarme.

—Espere —me contuvo—. ¿No quiere beber algo?

—No bebo.

—¿Lo ve? —exclamó exultante—. Esa es la prueba inequívoca. Yo tampoco bebo. Es la debilidad humana que más odio. Sabía que usted *sería* mi hijo... ¡Lo sabía!

El razonamiento me dio risa. Pedí un whisky. Accedió malhumorado. El niño se apresuró a servirme un Black and White. Lo bebí jactanciosamente de un trago.

—Eso demuestra —dijo sombrío— que es usted mi hijo. El alcoholismo ha sido mi tara. Heredada, desde luego. Yo odio el alcohol, pero... mi padre, el padre de mi padre... en fin, en nuestra familia...

—Oiga —le dije—, es tan estúpido creer que soy su hijo *porque bebo* como que soy su hijo *porque no bebo*. No soy su hijo. Es evidente. Y usted no está bien de la cabeza. También es evidente. Así que me voy.

—Espere —me suplicó—. ¿Qué le hace suponer que usted no es mi hijo? Tanto si bebe, como si no bebe, usted podría ser mi hijo, ¿no es así?

—No tengo tiempo que perder —le atajé.

—Creí que estaba de vacaciones —puntualizó.

—Estoy de vacaciones. Precisamente *por eso*, no tengo tiempo que perder —precisé.

—Mi perro ha quedado afectado moralmente —musitó.

—Que se joda —le dije.

—No lo olvidará con facilidad —susurró.

—Ese es su problema, yo me voy...

—Dudo que pueda hacerlo. La puerta está cerrada. Las ventanas, ya lo ve, enrejadas y, además, Luis le está apuntando con la escopeta. Así que, tómelo con paciencia, y siéntese.

—¿Quiere decir que soy su prisionero? —pregunté con estupor.

—Quiero decir que es usted *mi hijo* —respondió con tozudez.

Comprendí entonces que estaba a la merced de un loco peligroso y opté por seguirle la corriente.

—Bien, soy su hijo y, si lo fuera, ¿cree que podría estar orgulloso de un padre como usted? Un padre que abandonó a mi madre cuando estaba embarazada, que la dejó morir en un miserable asilo entre monjas y moscas y que se desentendió de mi ''educación'' en el hospicio. Le aseguro que si, algún día, me encontrara a mi padre cara a cara... sólo me produciría... asco... desprecio... indiferencia.

—Siga, siga —dijo él con excitación manifiesta.

—No tengo nada que añadir —concluí— Usted no es mi padre. Pero ha conseguido provocarme sentimientos arrinconados desde hace tiempo. Porque, por un momento, he experimentado la misma nauseabunda sensación que hubiera suscitado la real aparición de mi padre...

—Magnífico.

—Ahora sólo me resta rogarle que abra esa puerta y me deje salir. De lo contrario, esta absurda situación acabará creándole serios problemas, doctor.

—¿Legales? —indagó socarrón—. ¿Quién sabe que usted ha venido a verme? ¿Quién y cuándo advertirá su desaparición? ¿Y quién podría relacionarme con su cuerpo despeñado, accidentalmente, por alguno de los acantilados? ¡Oh, querido! ¡Es usted vehemente! Y eso demuestra a todas luces que *es hijo mío*.

—Bueno, papá, pues déjame marchar —sugerí tímidamente.

—¡No! ¡No haré eso!

—¿Pretende usted ser mi padre y quiere matarme? No lo entiendo.

—¡Claro que lo entiende! —arguyó—. Usted acaba de confesarme que «su» padre, o sea yo, ha sido capaz de las mayores vilezas. Dejó morir a su madre, ¿no es eso? Y a usted, o sea a su hijo, le abandonó a los avatares propios de un hospicio. Dicho de otra manera, su intención era la misma: que muriera. ¿Y ahora le extraña que el destino, con mi modesta participación, redondee el asunto? ¡No sea ingenuo! Hijo mío, sométase.

Extraño padre. Extraños argumentos. Y Luis, en el supuesto de que se llamara Luis, apuntándome ceñudamente con una escopeta.

—Otro whisky —reclamé.

En realidad tenía la esperanza de que Luis tuviera que dejar el arma a un lado para poderme servir. Pero no fue así. Mi propio padre llenó el vaso.

—Ya que *es* usted *mi hijo* —recalcó triunfal—, voy a hacerle una revelación que le asombrará.

Yo le contemplé con la característica expresión escéptica de un buey ante la estantería de una biblioteca. ¿Asombrarme? ¿Qué clase de revelación podía ya causarme un ápice de asombro? ¿Iba acaso a confesarme que él era, en realidad, la reencarnación de María Antonieta? No, no se trataba de eso.

—Ese chico no se llama Luis —dijo sibilino.

Adopté la consabida y altanera actitud de un dromedario cuando se encuentra con otro dromedario en un baile de dromedarios.

—Lo suponía —mascullé.

—¡Ajajajá! ¿Conque lo suponía? ¿Qué es lo que suponía? ¡Usted no suponía nada! ¡No podía suponerlo! —me espetó—. Ese joven, ese chico que le está apuntando con la escopeta, no se llama Luis, no es un joven, no es un chico... Es... es... ¡una mujer! ¡Una maravillosa mujer! Y yo quiero que mantenga relaciones sexuales con él, es decir, con ella. Tengo ese capricho, ya me ha oído. Usted es mi hijo y va a cepillarse aquí mismo, delante de mí, a esta jovencita, ¿qué le parece?

—Yo no soy su hijo, ese chico no es una jovencita y yo no quiero ''cepillarme'' a nadie —afirmé con decisión.

—Me encanta su obstinación —dijo por todo comentario, y reclamó con un ademán la escopeta.

Luis se la tendió y él me encañonó con sádica complacencia.

—Vamos, Luis, ¡los pantalones! —ordenó.

Y Luis se bajó los pantalones. Debajo tenía unas delicadas braguitas caladas que, cosa curiosa, no dejaban entrever ningún atributo masculino.

—¿Se convence? —preguntó ''el doctor''—. Usted no me cree cuando le aseguro que soy su padre. Tampoco me cree cuando afirmo que Luis es una mujer. Sin embargo, ¡ahí está la prueba!

Y señaló sin ambages a la entrepierna del mayordomo.

—Puede que su muchacho sea eunuco —dije—, pero eso no demuestra que usted sea mi padre.

—Su testarudez puede costarle cara —replicó—. Creí que ese punto había quedado suficientemente demostrado. Y en cuanto a ''lo otro''... ¡Luis, las bragas!

Atisbé un ramalazo libidinoso en el tono y una púdica reserva en el muchacho (o muchacha, o lo que fuera).

Bajo las bragas, efectivamente, no había nada. Es decir, había lo que suele haber cuando no hay lo que debería haber en alguien que dice llamarse Luis. Un sexo femenino. Se adivinaba. No resultaba, en verdad, una hipótesis aventurada. Entre el consabido vello se esbozaba la no menos consabida ranura.

—Además, tiene pechos y bonitos —anunció ''el doctor'', e hizo un expresivo gesto.

Tenía pechos, sí, señor. Redondos y dulces como melocotones. Pude comprobarlo cuando los acaricié, obedeciendo, por supuesto, a la intimidación ejercida a punta de escopeta.

—¡Vamos, vamos hijo mío! —reclamó con impaciencia.

Hice lo que pude. En el suelo. Inicialmente, se me antojó una tarea imposible. Pero, poco a poco, ¡qué caray!, me dejé llevar por los instintos naturales, ya que la jovencita parecía gozar de buen apetito. Y yo no soy ningún puritano pusilánime. ''El doctor'' quedó satisfecho.

—Bien, bien, hijo mío, eso demuestra, una vez más, que es, sin duda alguna, mi hijo, ha actuado usted como hubiera actuado yo en mis años mozos —dijo.

—¿Puedo marcharme? —quise saber, mientras me abrochaba la bragueta.

—Desde luego que sí —dictaminó él—. Pero, antes, debe pedir disculpas a mi perro por su inadecuado comportamiento...

Estas palabras me llenaron de aprensión.

—Simplemente deseo que se le dé una explicación verbal. Quedará contento —dijo tranquilizador.

—¿Usted cree? —objeté dubitativo.

Por toda respuesta, llamó al perro. Luis había vuelto a vestirse y nada en su aspecto delataba su auténtica condición. El perro acudió solícito, meneando el rabo. Al verme, se volvió taciturno.

—Vamos, dígale lo que tenga que decirle —habló ''el doctor''.

Ya no me apuntaba con la escopeta.

Ante la perspectiva de poder salir de la casa, me puse a hablar con toda la convicción de que fui capaz.

—Perdone, señor perro —dije—. No acostumbro a morder orejas ni a enzarzarme en trifulcas con animales. Lo hice para defender a mi terrier, al que quiero. Estoy seguro de que comprenderá que no podía presenciar pasivamente esa desigual pelea. Usted es un perro de gran tamaño y adiestrado para matar. Consideré que estaba abusando de sus fuerzas. Desde luego, siento que haya perdido una oreja. Sin embargo, le hago observar que eso le confiere una personalidad distinta, muy acusada, casi humana. También Van Gogh perdió una oreja y es considerado como uno de nuestros más grandes pintores...

El perro me contempló circunspecto y luego emitió tres escuetos gruñidos, torciendo las fauces como los viejos del lejano Oeste que mascan tabaco a la puerta del *saloon*.

—No intente convencerle —me advirtió ''el doctor''—. Discúlpese simplemente.

—Pido disculpas —dije con afectada humildad.

El perro dio media vuelta y se fue displicente.

Así terminó todo. Años después cuando, ¡por fin!, murió ''el doctor'', Luis se vino a vivir conmigo. Ni siquiera mi mujer conoce su verdadera naturaleza. Es un colaborador inapreciable y una amante perfecta. Además es la única persona en el mundo que puede dar testimonio de que cuanto he contado, por absurdo que parezca, es verdad. También está el perro, desde luego. Pero, a la muerte de su amo, merodea vagabundo por las zonas costeras de Ombrages y resulta muy difícil, dado su huraño carácter, trabar conversación con él.

En lo que se refiere a la posibilidad de que ''el doctor'' fuera realmente mi padre, me limitaré a decir que nunca podrá demostrarse ese punto, aunque Luis asegura que cada vez me parezco más a él.

Se reproduce aquí por gentileza de Editorial Planeta.

Viernes 15 de enero de 1993



afirmo que Luis es una mujer. Sin embargo, ¡ahí está la prueba!

Y señaló sin ambages a la entrepierna del mayordomo.

—Puede que su muchacho sea eunuco —dije—, pero eso no demuestra que usted sea mi padre.

—Su testarudez puede costarle cara —replicó—. Creí que ese punto había quedado suficientemente demostrado. Y en cuanto a "lo otro"... ¡Luis, las bragas!

Atisbé un ramalazo libidinoso en el tono y una púdica reserva en el muchacho (o muchacha, o lo que fuera).

Bajo las bragas, efectivamente, no había nada. Es decir, había lo que suele haber cuando no hay lo que debería haber en alguien que dice llamarse Luis. Un sexo femenino. Se adivinaba. No resultaba, en verdad, una hipótesis aventurada. Entre el consabido vello se esbozaba la no menos consabida ranura.

—Además, tiene pechos y bonitos —anunció "el doctor", e hizo un expresivo gesto.

Tenía pechos, sí, señor. Redondos y dulces como melocotones. Pude comprobarlo cuando los acaricié, obedeciendo, por supuesto, a la intimidación ejercida a punta de escopeta.

—¡Vamos, vamos hijo mío! —reclamó con impaciencia.

Hice lo que pude. En el suelo. Inicialmente, se me antojó una tarea imposible. Pero, poco a poco, ¡qué caray!, me dejé llevar por los instintos naturales, ya que la jovencita parecía gozar de buen apetito. Y yo no soy ningún puritano pusilánime. "El doctor" quedó satisfecho.

—Bien, bien, hijo mío, eso demuestra, una vez más, que es, sin duda alguna, mi hijo, ha actuado usted como hubiera actuado yo en mis años mozos —dijo.

—¿Puedo marcharme? —quise saber, mientras me abrochaba la bragueta.

—Desde luego que sí —dictaminó él—. Pero, antes, debe pedir disculpas a mi perro por su inadecuado comportamiento...

Estas palabras me llenaron de aprensión.

—Simplemente deseo que se le dé una explicación verbal. Quedará contento —dijo tranquilizador.

—¿Usted cree? —objeté dubitativo.

Por toda respuesta, llamó al perro. Luis había vuelto a vestirse y nada en su aspecto delataba su auténtica condición. El perro acudió solícito, meneando el rabo. Al verme, se volvió taciturno.

—Vamos, dígale lo que tenga que decirle —habló "el doctor".

Ya no me apuntaba con la escopeta.

Ante la perspectiva de poder salir de la casa, me puse a hablar con toda la convicción de que fui capaz.

—Perdone, señor perro —dije—. No acostumbro a morder orejas ni a enzarzarme en trifulcas con animales. Lo hice para defender a mi terrier, al que quiero. Estoy seguro de que comprenderá que no podía presenciar pasivamente esa desigual pelea. Usted es un perro de gran tamaño y adiestrado para matar. Consideré que estaba abusando de sus fuerzas. Desde luego, siento que haya perdido una oreja. Sin embargo, le hago observar que eso le confiere una personalidad distinta, muy acusada, casi humana. También Van Gogh perdió una oreja y es considerado como uno de nuestros más grandes pintores...

El perro me contempló circunspecto y luego emitió tres escuetos gruñidos, torciendo las fauces como los viejos del lejano Oeste que mascan tabaco a la puerta del *saloon*.

—No intente convencerle —me advirtió "el doctor"—. Discúlpese simplemente.

—Pido disculpas —dije con afectada humildad.

El perro dio media vuelta y se fue displicente.

Así terminó todo. Años después cuando, ¡por fin!, murió "el doctor", Luis se vino a vivir conmigo. Ni siquiera mi mujer conoce su verdadera naturaleza. Es un colaborador inapreciable y una amante perfecta. Además es la única persona en el mundo que puede dar testimonio de que cuanto he contado, por absurdo que parezca, es verdad. También está el perro, desde luego. Pero, a la muerte de su amo, merodea vagabundo por las zonas costeras de Ombrages y resulta muy difícil, dado su huraño carácter, trabar conversación con él.

En lo que se refiere a la posibilidad de que "el doctor" fuera realmente mi padre, me limitaré a decir que nunca podrá demostrarse ese punto, aunque Luis asegura que cada vez me parezco más a él.

Se reproduce aquí por gentileza de Editorial Planeta.

Juegos

Sílabas encadenadas

► Del comienzo al fin, sin salirse de los eslabones de la cadena.

1. De un país metido hasta el cuello en problemas.
2. Ilusión, utopía.
3. Robo, saqueo.
4. Si hoy es martes, estamos hablando del miércoles.
5. Color y fruta levantina.
6. Las sabrosas patas de los puercos.
7. Máquina para triturar el grano.
8. Narración, ficción.
9. Pesado, cansado.
10. Instrumentista de mayor categoría.
11. Avaro, roñoso, agarrado.
12. Simiente para pájaros.
13. Sermón, moralina.
14. Aval.
15. Dueño o trabajador de una hacienda americana.
16. Relato de ciego, amorío.
17. Arbol de las pomaredas.
18. Religiosa que aún no ha profesado los votos.
19. Constatable, evidente.
20. Silencioso, mudo.
21. Pieza de un mosaico.
22. Que vive o está en un lago.
23. Herramienta de perforación.
24. Con venas.
25. Recipiente para servir el caldo y los potajes.
26. Pasado por el rallador, raído.
27. Juego de sobremesa.
28. Sustanciosa, con carne (femenino).
29. Ultimo día de la semana.
30. Día de fiesta.
31. Barco de vela que lleva las velas aparejadas a la latina.
32. Golpe dado con el pie.

Solución

